

## SUICIDIO DEL PARTIDO COMUNISTA

El acuerdo entre las formaciones de la izquierda convencional se debe a la utilidad común de propagar una iniciativa en el áspero camino de su unidad parlamentaria. Esta ilusa propaganda dejará manchas imborrables. El pacto de apoyar a un gobierno del PSOE, sin que éste haya depurado los hombres, ideas y costumbres que corrompieron a sus gobiernos anteriores, implica una quiebra fraudulenta de la tradición de honestidad del PC. Los ecos de este brote repentino de un espíritu unitario aumenta la audiencia del grupo menos propagado, pero al terrible precio de sacrificar ante la opinión la probidad de su imagen. Porque el socio pequeño toma siempre el peor aspecto del grande. IU, grupo políticamente oportunista y moralmente honrado, vive en la tensa contradicción que supone apoyar al Régimen y oponerse, sin embargo, al modo lógico de ser administrado. Su pasión de estar en el mundo de los poderes (oportunismo), opuesta a la de estar en el mundo de los ciudadanos (realismo idealista), no le ha permitido ver la Constitución del Régimen, por su carácter oligárquico, induce a formar administraciones que otorguen privilegios y corrompan las costumbres.

La atención conseguida en los medios por el nuevo jefe de IU, Sr. Frutos, tendrá el mismo efecto que el de una llamarada de alcohol en una habitación gélida. La tradicional indiferencia del PC ante la forma de Estado y de Gobierno (accidentalismo institucional), le hizo integrarse en la Monarquía de partidos, haciendo hincapié en su oposición socialdemócrata al neoliberalismo del PSOE. Con un mismo espíritu de izquierda convencional, esta oposición no era táctica ni coyuntural. Además de ser signo de identidad ante sí misma, tal oposición hacía las veces de una negación radical de la Monarquía Financiera promovida por los gobiernos corruptos del PSOE: El compromiso de apoyar un gobierno de los hombres de Felipe hace dar al PC un paso irreversible en la aceptación del modo oligárquico de gobernar. Y este paso, al suprimir la tensión interna de la contradicción intelectual que le permitía vivir con honestidad, le aboca fatalmente al proceso de su autoliquidación. Frutos ha iniciado el segundo acto de la obra de demolición del PC. Y lo hace con la misma sencillez y falta de escrúpulos con las que Carrillo ejecutó el primero.

Este análisis será rechazado, sin comprenderlo, por los que ven en el pacto PSOE-IU, sea por cinismo o por ilusión, el inicio del deseado proceso de unidad política de la izquierda. Si digo la verdad, este acuerdo de imagen unitaria, sin conato de unión ni síntomas de izquierda, supone un insulto al pensamiento de la realidad y una bafa del sentimiento igualitario de la izquierda. Como lo que une no son precisamente los pensamientos, sino las acciones o, mejor expresado, las pasiones, es absurdo pretender que se pueda encontrar la unidad de algo tan intangible, pero tan inconfundible como el espíritu de las iz-



quierdas, donde no existe una idea de la acción común, y cuando esa acción no la pide una misma pasión colectiva de la indigencia social o política. No digo que el acuerdo de PSOE con IU carezca de futuro. Lo

tiene. Pero no será de unidad ni de izquierdas, sino de absorción por la tendencia conservadora del más poderoso. Y por la misma causa que evitó su unión democrática en el pacto de la transición.

Las consignas reconciliadoras entre antiguos adversarios («buscar lo que nos une, no lo que nos divide») son meras palabras que los reconciliados, con pactos secretos de reparto, lanzan al viento para que los seguidores hagan suyo el consenso de los dirigentes. La sensatez sin sentimiento hizo del gran partido de oposición a la dictadura un grupo marginal, porque procuró su legalidad al modo servil de su OTRO. La sensatez sin pensamiento se pone al cuello del lazo corredizo que su OTRO le tiende, para tenerse así, más que unidos, comprometidamente cogidos.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

## ALERTA EN EL ESTRECHO

El espía policial está que arde. En cuanto se habla de inmigración, pone cara de pocos amigos y el grito en el cielo. Y no precisamente contra los inmigrantes, sino contra la clase política y la hipocresía social. Pero le ha contado a Juan Bravo que sus colegas están «a tope» de trabajo en el Estrecho, en situación de alerta, por culpa del «efecto llamada» de la nueva ley de inmigración. Y que habría que llevar a más de un político a recoger cadáveres en las playas para que tomasen conciencia de lo que ocurre en realidad cuando se lanzan al aire falsas esperanzas.

Dice que aquí se miente más de lo que es «políticamente correcto» y que si se pretenden de verdad integrar a los inmigrantes, hay

que tratarlos con respeto y no permitir que se conviertan en trabajadores-esclavos, como ha ocurrido incluso en alguna empresa bajo responsabilidad pública. Eso, y combatir de verdad a los mafiosos y delincuentes que vienen de fuera de nuestras fronteras y que son, al final, los que más daño causan a la inmigración, y los que más brotes xenófobos despiertan en la sociedad. Porque con tal de evitar que alguien pueda acusarles de racismo, los políticos son capaces, como el amigo de J.B. asegura que ocurre, de ocultar a la opinión estadísticas de criminalidad callejera con cita expresa de la nacionalidad de los delincuentes.

Juan BRAVO



## MATEMÁTICAS Y FORMACIÓN HUMANA

En mi anterior artículo, con motivo de la declaración del año 2000 como año de las matemáticas por parte de la UNESCO, me refería al papel que éstas han cumplido en el desarrollo de la cultura



occidental, añadamos que desde aquí se abren otros importantes horizontes de consideración. En primer lugar, la penuria histórica de nuestro país en este terreno, que sólo lentamente empieza a enmendarse. En segundo lugar, la importancia de la educación matemática en la formación de un individuo y en la de una colectividad. Y son horizontes, ambos, que no carecen de relación, liberan una interacción que es interesante explorar.

Subrayaba en mi reflexión de la pasada semana el dinamismo imaginativo, descubridor de nuevos mundos que anima a la matemática moderna. Absolutamente opuesto a la idea quien cree que la matemática se reduce a contar, sumar y dividir garbanzos o sacos. Muy por el contrario, el pensamiento matemático nos interna en nuevos mundos, nos hace viajar por espacios, por concepciones numéricas, por in-

finitudes, por relaciones alucinantes que trascienden la grosera visión de la realidad que nos da el «sentido común». Pero a ello hay que añadir otro aspecto esencial y complementario, aquel que sería caracterizable por tres grandes rasgos: en primer lugar, la precisión en la definición y aplicación de los conceptos, en segundo lugar, el rigor deductivo, y, finalmente, la exigencia de demostración de las afirmaciones, más exactamente de los teoremas a partir de los postulados o axiomas, que, aunque aunque puedan ser establecidos en un libre juego, serán juzgados por su rendimiento deductivo. Y todo ello apoyado en la culminación de la capacidad característicamente humana de forjar conceptos de más alta abstracción. Gloria y dificultad de la matemática, nuevamente desafío para la mente de quien a ella se acerca.

Nos ofrece, pues, el ejercicio de la matemática una espléndida y singular síntesis de imaginación y rigor. Con características únicas. Y en este sentido es evidente su importancia para la formación de un individuo y también de una colectividad troquelada por sus hábitos. Capaz simultáneamente de levantarse sobre el mundo dado, de moverse en el reino de lo imaginativo y razonar con estricta precisión.

El mismo Menéndez Pelayo, a pesar de su ardorosa y desesperada defensa de la existencia de una ciencia española, se veía obligado a reconocer la penuria de nuestra aportación matemática, que trataba de compensar aludiendo a nuestros biólogos y médicos. Pero, como observaba Ortega, la filosofía y las matemáticas defienden el centro del saber humano. Y en ninguno de ambos campos hemos jugado un papel mínimamente brillante, comparado al desarrollado en otros territorios de la acción y la cultura. Naturalmente ello no se ha debido a ninguna determinación ideosincrática, sino a la orientación pragmática de nuestra ciencia, que no ha valorado suficientemente el saber desinteresado.

Y es ésta una situación que resulta preciso remediar. En los últimos tiempos hemos asistido a diversas innovaciones en nuestros planes de estudio y a repetidos debates sobre la educación. Estimo que, si queremos construir un mejor futuro, debemos buscar la formación mental de nuestros alumnos. Y ésta es fundamentalmente proporcionada por la lengua —cuyo empobrecimiento es tan acusado en estos días— y por las matemáticas. Y ya en este punto nos aparece la necesidad de superar la división entre la cultura llamada humanística y la científica. Además, respecto a ésta, no pensemos tanto en sus aplicaciones informáticas como en el ejercicio de su especulación teórica. Sólo por esta vía tendremos verdaderos cerebros humanos pensantes. Y mejores cursos políticos. Tema que queda para ulterior reflexión.

Carlos PARÍS